



OBRAS BREVES DE JACQUES MARITAIN



045-04

LA PERSONA Y LAS FILOSOFÍAS MATERIALISTAS

Jacques Maritain

Transcripción del capítulo V del libro 'La Persona y el Bien Común', publicado en 1947. Para una presentación más explícita de su contenido hemos reemplazado su título original 'Problemas contemporáneos'.

En primer lugar, volvamos por un momento la vista a las filosofías fundadas en una concepción materialista del mundo y de la vida. Y preguntémonos en qué viene a parar, en tal caso, la persona. Mas no echemos en olvido que cuando tratamos de una filosofía cualquiera, a propósito de ella se han de distinguir tres cosas: en primer lugar, los valores de sentimentalismos que seducen la razón de sus adeptos, o las aspiraciones simplemente humanas a las que éstos obedecen en realidad, acaso sin darse cuenta; segundo, lo que esta filosofía dice; y tercero, lo que hace, junto con los resultados que obtiene.

Digamos, pues, que las filosofías materialistas del hombre y de la sociedad están subyugadas, a pesar suyo – es decir, en razón de las reales aspiraciones de sus partidarios, que al fin son hombres –, por la atracción de los valores propios y de los bienes propios de la personalidad, que desean oscuramente, al mismo tiempo que los pasan por alto. De ahí se sigue que, en la práctica, tales doctrinas no puedan ejercer influencia sobre los hombres si no comienzan invocando la justicia, la libertad y los bienes de la persona.

Mas ¿qué es lo que alcanzan a ver, o qué son capaces de ver y de enseñar tales doctrinas? Comenzando por no reconocer sino lo que pertenece al mundo de la materia, y siendo sordas a las realidades del espíritu, no alcanzan a discernir en el hombre sino la sombra de la verdadera personalidad, la individualidad material. Del hombre no son capaces de enseñarnos otra cosa. En consecuencia, el resultado a que llegan es poner en grave riesgo la misma personalidad, ya disolviéndola en la anarquía, o bien, cosa que acontece fatalmente merced a las necesidades de la vida política, subordinándola completamente al cuerpo social como Número, como Comunidad económica o como Estado nacional o racial.

No es posible en este lugar sino indicar de pasada la crítica que se podría hacer de la filosofía materialista de la sociedad, considerada bajo sus tres formas principales: bajo la forma del individualismo burgués, bajo la del individualismo comunista y bajo la del anticomunismo totalitario o dictatorial.

Estas tres doctrinas echan en olvido por igual a la persona humana en una u otra forma, y no saben situar en su lugar, a sabiendas o ignorándolo, sino al individuo material.

Se ha dicho en muchas ocasiones que el liberalismo burgués, que todo pretende fundarlo en base del individuo tomado como un pequeño dios y sobre la libertad sin trabas – sobre la libertad absoluta de la propiedad, del comercio y de los placeres de la vida –, desemboca fatalmente en el estatismo.

El reinado del Número tiene como término natural la omnipotencia del Estado, de un Estado de tipo rumiante (plutocrático). Si se pretende, en efecto, construir la ciudad a base de libertades que consistan en no obedecer sino a ellas mismas, habrá que hacerlo a condición de que, por el contrato que, según Rousseau, da principio a la sociedad, comiencen todos por renunciar a la propia voluntad en favor de la voluntad general.

Como el hombre, considerado en su individualidad material, es una parte y no un todo, y como, por otro lado, el Estado se sustituye en este sistema a la verdadera comunidad, el individuo deberá transferir, en fin de cuentas, todas sus responsabilidades, como el cuidado de su destino, al todo artificial que se le impone, y al que queda ligado por conexiones mecánicas, quedando su libertad entera y sin mermas, pero de modo ilusorio y en un mundo de ensueños. Al mismo tiempo reclamará de ese mismo Estado la satisfacción de sus deseos, y se rehusará anárquicamente a las condiciones de la vida social, sin echar de ver que la sociedad corre así a la insurrección de las partes contra el todo, de que hablaba tiempos atrás Augusto Comte al aislamiento trágico del individuo en su egoísmo o en su miseria, y a la desaparición de la idea misma del bien común y de la obra común.

El comunismo puede ser considerado como una reacción contra semejante individualismo. Pretende orientarse hacia la liberación absoluta del hombre, que vendrá a ser el Dios de la historia; existe en el origen de este sistema una reacción desesperada contra la deshumanización de la persona, y es algo como inmanente a él buscar el modo de liberarla.

En el supuesto de que lo consiguiese, lo que se seguiría sería la liberación del hombre colectivo, y no la de la persona individual; y suponiendo, como pretende Marx, que al fin el Estado político quede abolido, en desquite, la sociedad, como comunidad económica (en el sentido más amplio de esta palabra), subordinaría a sí toda la vida de las personas. ¿Por qué?

Porque una posición radical contra toda trascendencia ha hecho que fundamentalmente se ignore la realidad de la persona como tal – y en consecuencia la función propia de la sociedad civil, ciudad compuesta de personas humanas –, que es procurar un bien común esencialmente humano, cuyo valor más esencial es la libertad de desenvolvimiento de la persona individual, con las garantías que en sí encierra; con pretexto de que al gobierno de los hombres sustituye la administración de las cosas – de todas las cosas, de orden moral o material, que la vida humana necesita –, hácese de esta administración de las cosas, es decir, de la producción de bienes y de su distribución, en una palabra, de las funciones económicas en las que se incluye la productividad del espíritu junto con la del trabajo manual, la obra principal de la sociedad civil.

Y como, por la misma naturaleza de las cosas, la obra de la sociedad civil moviliza en favor propio la vida humana de las personas, esta vida – al no ser movilizadada para una obra cuyo negocio principal sea procurar la libertad de desenvolvimiento de la persona, sino solamente el mayor desarrollo del todo económico – se verá inevitablemente dedicada toda entera a ese desarrollo y a la sociedad que lo realiza.

En cuanto a las reacciones anticomunistas y anti-individualistas de tipo totalitario o dictatorial, no es precisamente al nombre de la comunidad social y de la libertad del hombre colectivo, sino al nombre de la soberana dignidad del Estado (de un Estado de tipo carnívoro), o al nombre del espíritu del pueblo, o al nombre de la raza y de la sangre, a lo que pretenden anexas o sacrificar al hombre, según todo su ser, a un todo social compuesto de una multitud de individualidades materiales y no de verdaderas personas. Y, en consecuencia, la multitud se formará conciencia de si misma y se atribuirá su propia omnipotencia en la persona de un amo – la única persona que cuenta, en definitiva, en la vida política frente a un magma “organizado” (mecanizado) de individualidades materiales –. En tal sistema no se busca la liberación de la persona por un camino torcido, sino que descaradamente se la deja de lado y se la detesta. La persona como tal es un enemigo.

Veremos en estos tres casos el conflicto del todo con la parte: la vida social, ya disgregada por el individuo cuyo egoísmo lo espera todo de la máquina del Estado, o ya absorbiendo en sí misma todas las esperanzas del individuo, o bien aniquilando al individuo con todo lo que existe de libertad y de dignidad. Todo lo que es propio de la persona humana como persona, y de la sociedad como ciudad de personas, ha sido eliminado por caminos diferentes y aun contrarios.

Añadamos que, al parecer, asistimos hoy a una especie de tragedia de estas tres formas opuestas de materialismo social y político. La tragedia del individualismo burgués se echa de ver con gran claridad en la crisis de moralidad de nuestra civilización occidental y en los desastrosos espasmos de la economía liberal y capitalista.

La tragedia del comunismo se manifiesta, sobre todo, en los cambios dialécticos y la perpetua regimentación política a que sus mismas realizaciones le han obligado en Rusia, y en los conflictos internos, que le es imposible evitar. Las olas de terror que se han sucedido en las Repúblicas soviéticas tienen un gran

significado para el filósofo desde este punto de vista: el comunismo, especie de teocracia económica, exige una disciplina rigurosa y férrea, mas no es posible que la consiga sino mediante procedimientos externos de pedagogía y de fuerza.

Pero lo cierto es que si se carece de cierta ética interior, que implique y respete las aspiraciones del alma y de la persona, sin una fe inteligente que comunique y dé impulso a los espíritus, ninguna disciplina social puede ser libremente aceptada. Y, en consecuencia, el conflicto interno es inevitable entre la anarquía incesantemente renovada de las pasiones, ambiciones y energías individuales que de cualquier medio echan mano, y un “orden” que echa en olvido el principio y base del orden. O bien se verá obligado a recurrir a esta ética interior y a esta fe inteligente, cuya necesidad llegará a comprender; mas una vez que éstas hayan prendido en la conciencia de los ciudadanos, ellas mismas vendrán a constituir, con el tiempo, una amenaza sobre ese todo cerrado que las utiliza y las ha hecho despertar.

Creemos, en fin, que la tragedia de los Estados totalitarios-nacionales consiste en esto: en que teniendo como tienen necesidad del sacrificio y abnegación de la persona, pero careciendo al mismo tiempo, y aun repudiándolo, del respeto de esa persona y de sus cualidades internas, acaban por buscar, fatalmente, un principio de exaltación humana en el mito de la brillantez externa y en un esfuerzo ilimitado por alcanzar y demostrar poderío y prestigio externo; cosa que por sí lleva a la guerra y a la autodestrucción de la comunidad civilizada. Esta comprobación, que era bien fácil de hacer cuando escribíamos estas páginas – antes de la Segunda Guerra Mundial –, aparece clara hoy, después de la caída de estos Estados, liquidados, al fin, de tan trágica manera.

Conviene hacer una última observación referente a la actitud que hacia el cristianismo adoptan las filosofías políticas de que acabamos de hablar. El individualismo burgués es la más irreligiosa de las tres. Ha sido prácticamente ateo y decorativamente cristiano. Demasiado escéptico para iniciar persecución alguna, fuera del caso en que se interponía algún interés material, nunca desafió a la religión; la tenía como inventada por los sacerdotes, y que poco a poco sería arrinconada por la razón, y se servía de ella como de una fuerza policial que guarda la propiedad, o como de un banco en el que cada uno podía, mientras se enriquecía aquí abajo, irse asegurando contra cualquier riesgo posible del más allá.

Las otras dos filosofías políticas, en cambio, han desafiado al cristianismo. Mas en este desafío también sus diversas posiciones metafísicas revelan raíces y significado totalmente diversos. Los Estados totalitarios (su ideología no ha desaparecido con ellos), herederos del viejo antagonismo del Imperio pagano contra el Evangelio, representaban una fuerza externa dirigida contra el cristianismo para someterlo o aniquilarlo en nombre del Poder político divinizado.

En el terreno temporal oponían una filosofía política irracionalista y esclavista a los principios auténticos, como a ilusiones parasitarias de la democracia. Por el contrario, a pesar de la filosofía materialista en que se encuadra, y con la que se disimula a sí mismo su propia característica esencial, el comunismo, que se sitúa en la línea histórica del racionalismo moderno, del humanismo antropocéntrico y de las aspiraciones democráticas transportadas a la obediencia inmanentista (y en pugna ideológica con sus propias fuentes cristianas), de la que es la suprema peripecia, debe en realidad ser considerado como una herejía cristiana – la última y la más radical herejía –. Es universalista como la Iglesia. Y energías cristianas son, pero enteramente laicas, las que propaga entre sus militantes.

La transformación del hombre, que el cristianismo pide a la gracia interior que renueva la persona, para la vida eterna y para la vida de aquí abajo, el comunismo la confía a la revolución colectiva, que renueva la historia y la sociedad, y sólo para la vida presente.

Su ateísmo es un resentimiento moral y religioso contra la trascendencia divina. Y en el mismo terreno en que el cristianismo se halla instalado, y desde el interior mismo de la civilización cristiana, emprende el combate, que es un proceso de sustitución o suplantación más bien que de agresión; como si, en el juicio secreto que hace sobre sí mismo, los únicos verdaderos cristianos – para la tierra y desligados del Dios trascendente – fueran los comunistas.

Se sigue de ahí que comunistas y cristianos desconfíen los unos de los otros. Aun cuando tienden sinceramente su mano a los católicos, los comunistas se dan cuenta de algún modo que su intención y vocación es suplantarlos en el orden de la vida política o de la civilización.

Los católicos, por su parte, saben muy bien que se hallan amenazados de ser así suplantados, y que esa mano que se les tiende los arrastra hacia un terreno que no es el de su fe, sino el de una actividad terrestre en la que con frecuencia han

echado en olvido, en tiempos pasados, su misión temporal, y que ahora se erige en fin supremo bajo el nombre de revolución. Y al mismo tiempo, mientras que el comunismo avanza, achacando a ceguera su fe y sus negligencias conjuntamente, y mientras el ateísmo militante se les presenta como una reproducción dolorosa del ateísmo práctico, de que tantos de sus hermanos se hicieron culpables, esos católicos comprenden, no sin ansiedad, que a ellos, ya que tienen en sí palabras de vida eterna, correspondería tender la mano a los comunistas, a fin de atraerlos al terreno que es en primer lugar y ante todo el suyo, al terreno de la verdad religiosa y de la caridad redentora.

Quiera Dios que todavía estén a tiempo de hacerla, y que, por otra parte, en el plan de las cosas terrenas, sobre el que la clase obrera acaba de llegar a su mayor edad histórica, sean capaces de mantener el ideal y el esfuerzo cristianos presentes en toda su pureza al esfuerzo común de los hombres y al movimiento de transformación que se opera en la sociedad humana, de tal manera que o bien les sea dado un día introducir en ese movimiento la inspiración que lo anime, o puedan, al menos, aunque sea con grandes tribulaciones, salvar en él lo esencial de la herencia espiritual.

Las concepciones de tipo materialista del mundo y de la vida, las filosofías que no reconocen el elemento espiritual, el elemento eterno en el hombre, son incapaces de evitar el error en la construcción de una sociedad verdaderamente humana, porque son incapaces de tener en cuenta las exigencias de la persona y, por lo mismo, de comprender la naturaleza de la sociedad.

Si este elemento espiritual, este elemento eterno, es reconocido, entonces es también reconocida la aspiración inmanente de la persona a superar, en razón de lo que hay en ella de más elevado: la vida y las condiciones de las sociedades temporales. Y en tal caso, por esa razón, la sociedad temporal podrá levantarse según el orden propio de su ser; su naturaleza de sociedad de personas es comprendida, y la tendencia natural de la persona a la sociedad y su pertenencia moral y jurídica a la sociedad, de la que es parte, son comprendidas igualmente.

Es decir, que, en definitiva, la relación del individuo a la sociedad no se ha de concebir según el tipo atomístico y mecánico del individualismo burgués, que suprime la totalidad social orgánica, ni según el tipo biológico y animal, característico de la concepción totalitaria estatista o racista, que se traga a la

persona, convertida en elemento histológico de Behemot o de Leviatán, en el cuerpo del Estado; ni según el tipo biológico industrial, característico de la concepción comunista, que ordena la persona en su totalidad, a modo de obrera de la gran colmena humana, a la obra propia del todo social.

La relación del individuo a la sociedad se ha de concebir a base de un tipo irreductiblemente humano y específicamente ético-social, es decir, personalista y comunitario a la vez, y por ahí conseguiremos una organización de libertades, cosa totalmente irrealizable si no se tienen en cuenta estas realidades morales que se llaman la justicia y la amistad civil, que es como la correspondencia natural y temporal de lo que, en un plan espiritual y natural, el Evangelio llama amistad fraterna.

Y volvemos así a las consideraciones expuestas antes acerca del modo de resolver, en un movimiento de progresión que no tendrá término aquí abajo, lo que hemos llamado la paradoja de la vida social. Hay una tarea común que cumplir por el todo social como tal, por ese todo del que las personas humanas son partes, y que no es ni puede ser “neutro” en este asunto, sino que a ella está obligado por una vocación temporal; y así, las personas están subordinadas a esta tarea común.

Y, no obstante, no sólo en el orden político es esencial al bien común el revertir sobre las personas, sino que también, respecto a otro orden, aquello que hay de más profundo en la persona, su vocación supratemporal, junto con los bienes que esta vocación comporta, es un fin trascendente al que la misma sociedad y su tarea común están indirectamente subordinadas.

Siendo esto así, se comprende que esa tarea común de la sociedad tiene como principal valor la libertad de desenvolvimiento de la persona, con las garantías que supone y con la difusión de bondad que en ella radica; es, pues, claro, merced a la justicia y a la amistad, que, al subordinarse a esta tarea común, cada uno se subordina al bien de los demás, al perfeccionamiento de la vida personal de los demás, y al mismo tiempo a la dignidad interior de la propia persona. Mas esta solución no podrá alcanzar realizaciones prácticas sino a medida que en la ciudad sea reconocida la verdadera naturaleza de la obra común, y, al mismo tiempo, según lo adivinó Aristóteles, el valor y la importancia política de virtud de amistad.

Tal ideal histórico responde a las más profundas aspiraciones de la naturaleza humana y a las exigencias racionales de una sana filosofía política. Es difícil no caer en la cuenta de que su realización, terriblemente contrariada por las fuerzas inferiores de nuestra naturaleza y por las dificultades que experimenta la razón en imponer su regla entre los hombres, sería como una consecuencia y una realización terrestre de esta conciencia de la dignidad de la persona humana, y de su vocación eterna en cada hombre, que la revelación del Evangelio ha hecho penetrar en el corazón de la humanidad.

Se puede uno preguntar, por otra parte, si en el desarrollo histórico de la civilización no se produce acaso un lento trabajo espontáneo de activación de la masa humana y de su conciencia profana, que tienda a orientar las aspiraciones de los hombres hacia tal ideal, a pesar de las quiebras y reveses que aparentemente demuestran lo contrario y de las imitaciones fraudulentas, que corren el riesgo, como en el liberalismo individualista del siglo XIX, de suscitar contra él temibles reacciones.

¿Cómo no comprender, al menos, que esa tarea es irrealizable de hecho si se echa en olvido la elevación y super-elevación que las civilizaciones temporales reciben, en su propio orden, de las energías de la vida cristiana? De tal manera, que la tendencia al materialismo y al ateísmo inherente a la ciudad del individuo aparece como uno de los absurdos merced a los cuales ésta se destruye a sí misma, mientras que en el orden político su dialéctica interna lo arrastra, en virtud de un absurdo semejante, hacia la dictadura, que es su propia negación.

Esas reflexiones inclinan a pensar que el drama de las modernas democracias está en haber ido a ciegas en busca de algo excelente, como es la ciudad de la persona, y haber levantado en su lugar, erróneamente, la ciudad del individuo, que conduce, por naturaleza, a espantosas liquidaciones. No pertenece al filósofo prever si pueden todavía esas democracias cambiar con decisión de ruta, encaminándose hacia la verdad tras la que iban; primero deberán purificarse de los errores que las han hecho infecundas durante tanto tiempo. Tal cosa supondría, desde luego, una transformación radical y un glorioso retorno hacia la vida del espíritu.